

Sale los días 10, 20 y 30.

Da mensualmente un figurín, y de tiempo en tiempo gratis un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

Madrid. 4
Las provincias. . . 6
Si la suscripción se } Franco.
hace en Madrid. . . 5

Dos rs. menos sin figurín ni patron.



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la librería estrangera, calle de la Montera, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria.

Las cartas y reclamaciones francas de porte.

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

Modas.

Continuamente oimos quejarse á nuestras elegantes que las modas mas lindas al momento se generalizan, y de este modo se hacen comunes y pierden su principal mérito. Apenas se adopta una invencion que sienta bien, que agracia y que parece ser un tipo ideal de belleza, al instante es imitada por todos, y se vé por adorno hasta en las gentes mas vulgares. Mas de una hermosa se ha recostado á descansar en su lecho siendo ella sola poseedora, á su entender, de tal tisú, de tal labrado ó de cual corte, y á la mañana siguiente al despertarse, por todas partes ven sus ojos aquel tesoro único.

En los teatros, en los paseos, encuentra el objeto de su predileccion, y aquel niño mimado, aquel hijo único se ha hecho ya una familia y un séquito tan numeroso como las plagas de Egipto. Entonces se ve precisada á abandonar lo que tanto queria; pues entre todos, el peligro ma-

TOMO I.

yor y de mas consecuencia para una dama de buen tono, el que con mas facilidad puede hacerla pasar de ser tenida por una jóven elegante, al triste concepto de una muger vulgar y de poco gusto, es sin duda el que adopte una moda general, ó chocante por algun estilo. Para evitar ambos escollos no hay cosa como la sencillez, rica y delicada; sencillez que lleve en sí el sello de la elegancia y de la distincion; y precisamente la prueba de ello la tenemos en la moda que ahora ha empezado en los vestidos.

Redúcese á una túnica de organdi, (linon) sobre una falda y jubon de lo mismo, guarnecida de volantes festoneados de seda de colores caidos como azul, rosa ó paja, pues todas estas medias tintas son igualmente lindísimas y de buen efecto. Qué frescos, que airosos, que sencillos y que elegantes son estos trages! Con que facilidad se conoce bajo sus pliegues, la muger fina, la señora de distincion. ¡Cuanto gusto no se manifiesta en un adorno tan sencillamente dispuesto!

Los vestidos túnicas, tienen ademas la

ventaja que hemos indicado al principio, y es la de no poder generalizarse, ni hacerse populares.

En punto á sombreros, los de paja de arroz se perpetúan, y están en boga. Igualmente son de un lindísimo efecto las capotas inventadas últimamente. Son de crepon, y las mas sencillas de color rosa ó azul, con velos negros. Dan un aire tan aéreo, tan diáfano; forman tan bellísima armonía con el rostro de cualquier bella, que aun á las que no lo son, las hacen parecer interesantes en extremo.

En punto á trages de caballero, las modas son mucho mas constantes, y apenas indican variación alguna; los pantalones suelen llevarse aun de figura de botín, y de telas de entretiempos de lana y algodón; algunos con mezcla de seda, de rayas menuditas, ó cuadros. Las levitas y fraques conservan igual hechura de cuello bajo, y recortado; son de poca solapa. En los chalecos hay variedad de gustos, y telas lindísimas y de muy buen efecto. Los botones de crinolina están muy en boga, y verdaderamente que su trabajo es delicado, y los hay de lindísimo gusto, teniendo además la ventaja imponderable de no usarse jamás.

Corbatas claras ó de hilo, ó de seda son las mejores, de colores bajos con dibujos, aunque también las lisas son de moda. Los sombreros son de figura cilíndrica, con las alas poco abarquilladas. Guantes claros para todo.

DON FRANCISCO FEBO, REY DE NAVARRA.

(Conclusion.)

III.

El convento.

La noche era oscura y fría; caía la lluvia pausadamente, y apenas formaba un sordo golpeo en las desiertas calles de Pau. Tres bultos embozados en largas capas atravesaban

la plaza de san Miguel con dirección al convento de santa Genoveva. Uno iba delante, ligero como un vapor y silencioso como una fantasma; los otros que le seguían conversaban en voz baja.

«Roberto, cuánto os debo, ó mas bien cuánto la debo! Y qué ¿me he de separar de ella, he de sacrificar su amor! — Señor, os debeis á vuestros pueblos: ellos os han destinado compañera sobre el trono. El deber, como hace días me decíais, os lo manda. — Ah! entonces me amenazaban cobardes asesinos, y el honor me dictaba no doblegar mi grandeza; pero cuando tengo que resistir solo á su dolor, á sus lágrimas, á su inocencia, ¡ah! mi magestad parece encumbrarse, en rendirse y suplicar! ¿Quién lo había de decir! la misma que me destinaban para esposa, la hija de *don Gonzalo*, ser ella la que me dé la libertad y la vida! — Sí, grande es su corazón aunque tan tierna su edad. — Pero, y su padre cómo ha podido....? — Nada sabe; y en este momento por lo menos cree que su hija ha sido robada por algunos agramonteses para evitar vuestro enlace. — Y sin embargo, ella ha sido la que huyó de su casa, la que no temió abandonar su padre, comprometer su opinión? — Por salvaros! A ella debeis igualmente el que me haya mezclado en tan comprometido lance. — No lo olvidaré. — No lo digo por tanto: haber servido á la hermosa doña Catalina me recompensa de mis peligros. Sabed pues que destinaban para mandar la gente de armas del castillo de Pamplona, á don Suero Gonzalez, enemigo declarado vuestro. — Lo sé. — Si hubiérais caído en sus manos como lo tenían dispuesto, ó os hubiérais visto precisado á consentir en el enlace que os proponían, ó acaso.... — Qué ¿hubiera peligrado mi vida? La habría vendido bien cara! — Doña Catalina, prendada de vos desde su infancia, y alimentando en su corazón aquel amor con la posibilidad que se presentaba á sus ojos de llegar á ser vuestra, pues continuamente se lo oía á su padre, solo con la edad fue discerniendo que su enlace jamás se consideraría sino como un golpe de estado

que acaso vos nunca pensaríais en ella; y en fin, que su amor debia ser una pasión desconocida quizá del que la inspiró, y hasta de sus padres, que podian ver en ella un obstáculo para tenerla de su parte, en caso de que se tratara de usar de violencia con vos. — Infeliz Catalina! — La casualidad la proporcionó oír la conversacion en que don Gonzalo daba las terribles instrucciones á don Suero de apoderarse de vuestra persona. El debia partir con su hija al día siguiente; y por lo tanto, de Pamplona no hubierais salido sino casado ó muerto. — Muerto, no lo dudes. — Acordóse de mí la noble jóven, y me rogó encarecidamente la ayudase á salvaros. Dudé en un principio, pero debíala muchos obsequios; y ademas me parecia justo libraros de semejante felonía. No quise valerme de medios rateros que desdeñaba mi carácter, mas para luchar contra tantos me era necesaria la astucia y el valor. Desafié á don Suero el día antes de su partida; fui dichoso en el desafío, y le obligué á todo cuanto quise. Aprovechándome de su nombre, con una esquila suya, y la llave de su gabinete, me apoderé de documentos interesantes que me hicieron pasar por un emisario de su mayor confianza; escribió á mi nombre una carta de recomendacion á los gefes de Pamplona y... — Ya lo comprendo. Por eso os dispensaban tanto respeto á los beaumonteses? — Asi es la verdad. — Pero y ella ¿cómo entró en el castillo? — Admiraos, como un cobarde vendido para asesinaros: la máscara que yo pretesté era para no ser conocido por traidor, la llevaba únicamente para no ser descubierta y perdida entre tantos enemigos. — Ah, ¿qué imprudencia! ¿Si hubiesen sospechado! — Mil veces se lo advertí, pero en vano: despreció su vida, y quiso intervenir en vuestra libertad; sus débiles manos sostuvieron la escala por donde os deslizásteis, y á cuyo pie me encontrásteis á mí, que con pretesto de rondar las centinelas aprisioné á la que guardaba aquella parte del muro y os ayudé á saltarle. — ¿Y cómo salió la pobre niña? — La cabeza del centinela reem-

plazó la vuestra. Entré en vuestro gabinete pretestando que queria cerciorarme si el asesino habria cumplido con mi mandato; dejáronme pasar, aunque ya con disgusto, los recelosos beaumonteses: al verme cobró valor doña Catalina, y cogiendo la cabeza que até yo á la escala, segun teníamos convenido, para que la subiese, y sosteniéndose en mi brazo, murmuró: «Está en salvo! ¡ah Roberto, valor tengo.... nada me acobarda: Santa Magdalena me ayude»; y salimos precipitadamente. Los centinelas nos cerraron el paso, pero al ver rodar la cabeza que creyeron de su Rey, retrocedieron aterrados, y de nada se curaron sino de huir de tan abominable recinto. Aprovechando el momento de su confusion.... — Basta: abrázame, abraza á tu amigo. — ¡Señor! — ¡Qué pobre es hasta un Rey para compensar semejantes servicios! Mas ¡ah! ¿Qué ruido es ese?

Se interrumpió su diálogo, porque ambos caballeros adelantaron el paso para reunirse á su misterioso guia, que no era otro que la misma doña Catalina, y el ruido que les sobresaltó, el que produjo la pesada aladaba de bronce que cayó dos veces sobre la chapa de hierro de una puerta, en cuyo cancel permanecía inmóvil y apoyada la interesante jóven. El Rey la dijo:

«Señora, ¿pensais lo que haceis? habeis calculado todas las consecuencias de vuestra temeraria resolucion? A vuestra edad, tan bella, tan interesante! Ah! no priveis al mundo de vuestras gracias: ó para hablaros con mayor franqueza, Catalina, no priveis á mis ojos de la única luz que les encaminará en la noche de mi vida. — Ah! cuanto satisfacen mi corazón, le respondió la doncella, vuestras palabras. Os creo, sí, y es para mí una felicidad poder guardar en mi memoria para consuelo en mi soledad las espresiones afectuosas que os he merecido. — No son palabras, sentimientos son que habeis hecho nacer en mi alma, y que os juro por mi corona, que la trocaria gustoso por inspirarlos á mi libertadora. Sí, vos lo sois: la vida, el trono, todo os lo debo: dejadme que os recompense con la

única paga que vuestro corazón generoso sabría admitir, con mi agradecimiento y con mi amor. Os haré mi esposa. — Que decidis! Ah! mi despedida del mundo es encantada y llena de ilusiones: si, suenan gratos á mi corazón los últimos ecos de un placer que soñé participar un día..... y que — Callad, no blasfemeis. Aun es tiempo. Anunciaré á mis reinos mi enlace. Se despacharán espresos.... — Señor, señor.... no prosigais.... no pongais tan á prueba la debilidad de una mujer que os ama. — Ya es imposible separarnos! — No: por eso debéis consentir en que me aleje de vos: os debe bastar el recuerdo de que os confesé una pasión, que yo á mí misma no me he atrevido á revelar. Pero enlazarme á vos sería hacer recaer sobre vuestra cabeza la ira de todos los agramonteses; sería cierta vuestra muerte. Y aun así ¿quien os libertará de la venganza de un padre ciego como el mío, y que atribuirá á desamor vuestro lo que ha sido sola culpa de su hija? — Sí, culpa de ella sola. Podeis realizar los deseos de vuestro padre: no para abusar de ese modo de su influjo en contra del bando contrario, pues D. Francisco Febo, antes que esposo y considerado, será justiciero y noble; ¿por qué no consentis? — Imposible. Si hubiérais tenido una amiga, una madre, ambas cosas, pues todo lo ha sido para mí vuestra esposa prometida... — ¡Cielos, la conocéis! — Si la hubiérais sido deudora no solo de vuestra vida sino de la de ese mismo padre cuyo nombre invocais; y si supiérais que una palabra vuestra la perdía; que consentíais en asesinarla prometiendo el desposaros... ¿consentiríais? — Ah! — Imposible! Su amor no merece la desgracia. Su ternura para conmigo no merece la muerte por mi mano! — Señora... callad por piedad. — En breve se cerrarán para mí todos los oídos del mundo, pero antes he debido haceros conocer que no es la idea de un momento, sino el resultado de largas horas de meditacion, lo que me conduce á tomar el velo entre las monjas de la Magdalena. — Volvió á repetir otra vez el ruidoso lla-

mamiento, que sin duda no habia sido escuchado, ó acaso por lo avanzado de la hora habian retardado el abrir á los intempestivos despertadores. Reparando el Rey que Doña Catalina abrazaba á Roberto como para despedirse, se adelantó resuelto, y tomando una de las manos de la doncella la dijo con voz precipitada:

Me abandonais? — Para entregaros en los brazos de otra mujer que sabrá haceros feliz. — Y vos? — Sabré consolarme: todo se lo debía: decidla únicamente que al menos la he pagado con usura. A Dios: mis oraciones rogarán por vuestra vida á los cielos. Prometedme, rey de Navarra, hacer saber á mis padres mi destino. — Yo os lo prometo.

Cayó á sus pies arrodillado, y sus labios besaron ardientemente la mano de la joven. Rechinó la llave en la puerta del convento, y la linterna que asomó la portera iluminó tan interesante grupo. El Rey permanecía arrodillado, y sosteniéndose en los pilares de la entrada; Roberto enseñaba á la monja una orden firmada con el sello y armas de Navarra: y Doña Catalina separando de su frente el velo blanco que envolvía sus celestiales formas, levantó sus manos como para reclamar la proteccion del cielo sobre la cabeza del Rey, y entró en los claustros radiante de belleza, como un angel de luz que penetra en las nubes.

IV.

LAS DOS CELOSIAS.

Habían transcurrido algunos meses desde la noche en que D. Francisco Febo se habia despedido de la hermosa doña Catalina, y sin embargo ni un día pasó sin que la consagrarse una memoria de agradecimiento ó de amor á su libertadora, ni atravesó vez ninguna por delante del convento de Santa Magdalena, sin entrar á orar, y sin dejar largos rastros de su liberalidad y grandeza. En su mismo palacio habíase mandado alhajar una habitacion antigua, cuyas ventanas caían á la parte me-

ridional del convento, y asomado frecuentemente, gozábale el rey en contemplar los árboles del jardín de las monjas, y aun creía percibir algún velo flotante detrás de las rejas, inmóvil, y acaso fijos unos ojos en las ventanas del palacio. Sus sueños sostenían su ilusión, y sus trovas á que era aficionado en extremo, y que como diestro profesor acomodaba en música, eran por decirlo así las mensajeras de una pasión que cada vez sentía en su pecho con mayor violencia. Hallábase á la sazón, un martes, entregado á uno de sus frecuentes rasgos de ilusión, ideando versos para sus tonadas, y clavados sus ojos en las celosías del convento, cuando una música marcial y ruidosa distrajo su atención. En aquel momento entró en su aposento un gentil hombre, y arrodillándose delante del rey, le dijo: «Señor, los corredores que se han espedido á todas partes con la nueva de vuestro enlace están ya de vuelta, y con ellos varios diputados de los reinos de Navarra que os vienen á cumplimentar y á ofrecer dones para vuestras regias bodas.»

Escuchóle D. Francisco sin sorpresa, pero con indefinible sentimiento, y respondió:—Con qué no hay remedio!—Vuestra esposa llegará á la madrugada de mañana con los ricos hombres y heraldos de las naciones extranjeras, que os prometen pacificar y asegurar vuestros dominios.—Mañana! Esta bien. Mandad á toda mi servidumbre que esté dispuesta para antes de rayar el día, pues saldremos á esperar á mi noble esposa.»

Retiróse el caballero: el rey se sentó pensativo, distrayéndole de cuando en cuando las marciales tocatas que resonaban al pie de sus ventanas. Poco á poco las sombras se estendieron, las músicas fueron debilitándose, y el rey iba ya quedándose dormido, ó mas bien aletargado por su sentimiento, cuando sintió caer á sus pies una piedra, y alzándola del suelo vió un billete atado, que se apresuró á leer, á pesar de que la oscuridad del aposento apenas se lo permitía. Se asomó antes con curio-

sidad á la celosía, y vió como un bulto que se retiraba, y á quien supuso autor del billete. —Siguióle cuanto le fue posible con la vista, y á no ser porque el vapor de la tarde iba siendo bastante, hubiera jurado que le había visto saltar las tapias del jardín de las monjas. Poco después divisó una luz en una de las celosías del convento; precisamente en la que varias veces había creído distinguir un velo inmóvil y clavado junto á las rejas. Entonces también le percibió, pero desapareció la luz, y ya solo tinieblas y las altas tapias del convento se divisaban en la noche. El toque de oraciones que hizo sonar tristísimo la campana, le hizo pensar igualmente en doña Catalina, y en sus palabras al despedirse del mundo: «*Velaré por vos:*» Sin saber á que atribuirlo sintió cierto terror, é involuntariamente tiró del cordón de su campanilla, y dos escuderos se presentaron con candelabros de bronce, que iluminaron la estancia, y tranquilizaron un poco al desvelado amante. Acordóse entonces de la esquela, y desdoblándola leyó:

«Guardaos: las oraciones del claustro acaso nada servirán contra el puñal de los traidores.»

Quedóse inmóvil D. Francisco: aquella letra, las emociones que sentía su corazón eran otras tantas pruebas para atribuir aquel aviso de salvación á un ángel, ó lo que era lo mismo para él, á la religiosa que adoraba. Esperimentó sin embargo un secreto terror, y á pesar de que desde donde estaba podía escuchar el paso marcado de los centinelas, no pudo menos de adelantarse hacia la puerta, y aun salió á la galería en donde estuvo paseando, sin duda para distraerse, con Roberto que era á la sazón capitán de su guardia. Así transcurrieron algunas horas hasta tanto que el movimiento de los ginetes, el ruido de armas y de caballos que por los patios se extendía, y el cruzar por las salas de pajes y caballeros, le dió á conocer que se acercaba el momento de la partida para salir al recibo de su esposa. Cuando se despedía de Roberto é iba á entrar en su ha-

bitacion creyó percibir como una sombra que se deslizaba por lo interior de su estancia, y se detuvo á la entrada, pero recordando su serenidad, pasó adelante. Pensativo recorría las galas con que debía adornarse para tan gran recibimiento, cuando sus ojos se fijaron sobre su mesa en la flauta de ébano, que antes habia buscado aunque inútilmente, acaso por la oscuridad que en el aposento reinaba. La inspiracion nació en su alma, el deseo en su corazon, y la idea de un último á Dios le hizo cojer el instrumento y asomarse á su celosía. La del convento aparecia en lo interior iluminada, y la sombra inmovil tambien junto á sus rejas: y aun el rey creyó percibir algun suspiro que su ilusion debió forjarle, pues seria el mugir pausado del viento entre las ojas. Empezó su tiernísima tonada, y sin duda deberian ser mágicos sus sonidos, pues quedó en suspenso el bullicio y clamoreo del palacio: y aun debian tener el efecto de evocar los muertos, pues tales parecieron dos sombras que cruzaron por debajo de la ventana diciendo «Lo veis, aun he llegado á tiempo, bien sabia yo que se despediria de la amante abandonada.» El rey bajó como maquinalmente sus ojos, pero un impulso superior parecia haber clavado sus labios al armónico instrumento.

La tonada cesó; el alba brillaba por el oriente, y Roberto entraba seguido de numerosa y lucida cohorte de gentiles hombres, cuando vieron tendido en tierra y espirando al coronado amante, que buscaban para acompañarle á los brazos de su esposa.

En el momento en que todos los caballeros doblaban su rodilla, é inclinaban sus armas delante del cadáver de su rey, entró un soldado y entregó un billete que Roberto se apresuró á leer sin levantarse del suelo..... «No se desposará con ninguna;» Roberto conoció la letra de D. Suero, el favorito del conde D. Gonzalo, y acercándose al rey, cubrió con el estandarte de Navarra los restos preciosos.

Súpose despues que el veneno se le habia dado untando la embocadura de la flau-

ta, y que él mismo debió aspirar la muerte cuando tocaba el *A Dios* de despedida. Atribuyóse á dos juglares, que con motivo del alborozo del dia, y de ser diestros tañedores habian entrado hasta la cámara de D. Francisco. Algunos suponian que fue el conde D. Gonzalo en persona. Es lo cierto, que por este incidente arraigáronse mas profundamente en el desgraciado reino de Navarra los encontrados bandos y parcialidades de agramonteses y beaumonteses.

G. ROMERO L.

LA CASA DE PABLO PINDAR.

(En Londres.)

Cuando el rey Carlos Stuardo, Carlos 1.º, vencido por Cromwell, fue sentenciado por el parlamento, para llegar hasta el tribunal de sus jueces tuvo que atravesar por medio de un pueblo frenético y exaltado contra él, y junto á una soldadesca feroz que le amenazaba. Carlos 1.º, objeto de tantos odios y rencores, bajó tristemente sus ojos al suelo, entregado á profundos pensamientos.

Se presentó á sus jueces, se defendió como rey y como caballero, y con tal sangre fria y moderacion, que escitando su constancia la cólera de un hombre de los del pueblo le dió un bofetón al infeliz monarca. Sucedió un momento de silencio á tan infame insulto. Los cabezas redondas consentian en verdad que se armase el cadalso en Whitchall, pero aquella accion villana les pareció desonrosa aun á los mas tremendos republicanos. El mismo Cromwell si se hubiese atrevido, y él era hombre que se atrevia á todo, le habria pedido perdon de aquella ofensa á Carlos 1.º

En todas las naciones igualmente que en Inglaterra hay dos clases de pueblo; el uno cruel, estúpido, sanguinario; el otro industrial, pacífico, lleno de virtudes, padre de familias que sabe amar y perdonar. Solo un hombre de entre estos despues de haberse opuesto á su rey como un inglés

que obedece las leyes de su país, fue el único que le consoló cuando le vió abandonado; y el que, al menos el día en que lo condujeron al cadalso, entre tanto grito de cólera, exclamó con voz sensible: ¡Tened ánimo, señor!

Al subir al patíbulo, una jóven hermosa é interesante, trémula y llorosa, quiso despedirse del rey, pero en vano: la voz la faltó; llevaba una rosa en la mano y se la ofreció al monarca. El rey se paró admirado, contempló á la jóven largo rato, y despues saludándola afectuosamente tomó la rosa, y subió al cadalso.

Despidióse de sus pueblos conservando siempre la rosa que le dió la jóven compasiva. Un enmascarado velaba al lado del rey, y continuamente dirigia su mano hacia el instrumento de muerte, con notables muestras de impaciencia. El rey se interrumpia muchas veces en su discurso para decirle al de la máscara. «No toqueis el hacha, ¡no toqueis el hacha! Cuando terminé de hablar Carlos Estuardo besó con emocion la rosa, y puso su cuello en la guillotina. La cabeza rodó al instante por tierra.

El pueblo se retiró en silencio: el enmascarado, el asesino del rey, se vió obligado á sustraerse de la venganza de aquel pueblo; el hombre de la máscara no era el verdugo de oficio, sino otro que le habia pagado por ocupar su puesto. Era un gran personage, que bien podia correr parejas dignamente con el hombre de la plevé que afrentó en el rostro á Carlos 1.^o

La jóven que se compadeció del rey, no pudiendo soportar tan terrible escena cayó desmayada. La turba de gentes respetuosa la transportó á una casa que su instinto natural les hizo escoger, y fue la de Pablo Pindar; la de aquel honrado comerciante que gritó al rey... Tened ánimo, señor.

Dicha casa se mira con veneración y respeto en Lóndres. Los ingleses la enseñan á cuantos viajeros visitan su territorio, y se la muestran con noble orgullo y vanidad, porque fue la habitacion de un hombre honrado, que se atrevió á recono-

cer y proteger á su rey, esponiéndose al furor de los partidos.

LA VENTANA DE LA DESESPERACION.

A mediados del siglo XIII, el señor de Sauvebæuf, estaba en guerra con otros dos caballeros poderosos de la comarca: el castellano de Losse, y el de Montignac. De ambas partes peleaban numerosos y aguerridos vasallos, gente decidida, y fuertes soldados, de raza perigurdina. El señor de Sauvebæuf era padre de una jóven hermosa que le dejó su muger al espirar. Aquella jóven encantadora entregó su corazón, y se enamoró perdidamente del de Losse, un día en que aquel formidable campeón, montando en su poderoso caballo de batalla, le hizo subir las escaleras hasta el último tramo, y le obligó al fogoso animal á que volviera á bajar cejando y sin volver la frente. Por su parte el caballero prendóse de la hermosa doncella, pues era interesante, y de talle esvelto y vaporoso; y además única heredera de su padre y señor. El de Montignac terció en mal estos amores romancescos, y despues de echar mil cálculos insidiosos, pensó que para sacar partido no podia hacer cosa mejor que comprometer al de Losse á guerrear contra el señor de Sauvebæuf.

En efecto, se dió una reñida batalla en la llanura que domina la fachada meridional del castillo de Sauvebæuf, en la cual los partidarios de Montignac que peleaban como auxiliares de los del castellano de Losse, volvieron caras en lo mas crítico de la batalla y le dejaron abandonado traidoramente. El de Losse cayó muerto, habiéndole acuchillado por la espalda; y la voz se estendió poco despues de que Montignac era el autor de tan cobarde asesinato; y á la verdad que era capaz de todo! Lo cierto es, que aquel mismo día entró Sauvebæuf en su castillo, acompañado y servido de Montignac, en medio del ruidoso clamoreo de los clarines y trompetas; y que aquella noche al concluir-

se los brindis del festin le apretó cordialmente la mano y le llamó su *yerno*.

Al día siguiente zumbaban las campanas volteadas de la capilla, y los clarines resonaban por el parque y los alrededores de las murallas tocando bélicos conciertos, cuando una dama pálida y aterrada entró en el salón destinado para la ceremonia nupcial, sin poder ni aun hablar de pavor. Impacientóse el castellano, hasta que al fin prorumpió diciendo la respetable matrona. « No hay que pensar en bailes, ni en desposorios: señor de Sauvebæuf, vuestra hija se ha arrojado por la ventana al río que corre tan negro y tan profundo por aquella parte entre las rocas. »

A tan triste nueva, el de Montignac se sobrecogió tanto que se bebió tres pintas de vino, por mera distracción. El señor de Sauvebæuf juró se dejaría matar al pie de las murallas de Jerusalem en la primer cruzada á que marchase, en espiciación de la muerte de su hija única, que falleció sin auxilios espirituales. Se ignora si cumpliría su juramento.

En cuanto á la verdad de esta aventura, no admite duda. La ventana de la desesperación existe todavía; se la ve á la parte del norte que es adonde corresponden los aposentos inhabitados del castillo, que se eleva á dos leguas de la ciudad de Montignac, y de la fortaleza de Losse, sobre el risco escarpado de la Vercere, por cuya orilla aun corre el agua entre las rocas tan negra y tan profunda.

ALBUM.

TEATROS. Las novedades que en este mes se nos han presentado en escena han sido, *el Médico y la huérfana*, lindísima comedia traducida con acierto por D. Isidoro Gil, á quien debíamos ya *el Abuelo*, que tan perfectamente acomodó á nuestra escena. En cuanto á dramas originales solo se ha representado uno de don José Zorrilla con el título de: *Cada cual con su*

razon. No podemos menos de dar el parabien á su autor, y de escitarle á que cultive, con preferencia á todos, este género de comedias de capa y espada para el cual reúne tan preciosas dotes. Imaginación viva, facilidad en el decir, belleza en las ideas, novedad en el modo de presentarlas, lenguaje acomodado, versificación abundante y fluida constituyen las principales bellezas del drama de que hablamos, sin indicar otros muchos detalles que honran á nuestro amigo el señor de Zorrilla.

Tenemos entendido que está haciendo otra comedia tambien imitando las de nuestro inmortal Calderon. De la facilidad prodigiosa de este jóven podemos prometernos abundante y no desgraciada cosecha de dramas.

Ojalá llegue un día en que nuestro teatro se vea surtido de obras originales, y en que comparemos nuestra época á la de los fecundos ingenios de la corte de Felipe IV.

TEATROS ESTRANGEROS. Se anuncia para representarse en breve una tragedia que el célebre Lamartin está componiendo espresamente para Mlle. Rachel, actriz privilegiada que tanto llama la atención en el gran teatro francés. Tambien se dice que Victor-Hugo está componiendo un drama en verso, tomado el argumento del reinado de Luis XIV. De ambas producciones se habla con el mayor elogio.

PUBLICACIONES LITERARIAS. Hemos tenido ocasión de leer las leyendas jerezanas, que publicó D. Miguel Hue y Camacho, y no podemos menos de recomendar su lectura; pues ademas de ser orijinales, no pequeño mérito en nuestro entender, están escritas con bastante facilidad, y en lenguaje acomodado. El Pendon, novela tomada de la historia, y el Cristiano y la Mora, están dialogadas con soltura, y los gitanos con bastante gracejo. Abunda el todo de la obra en detalles y composiciones de nuestros trovadores que la dan un sabor bastante agradable. Desearíamos que no se quedase en promesa la que hace el autor de publicar algunas crónicas de Sevilla, pues nos prometemos un acertado desempeño.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA.